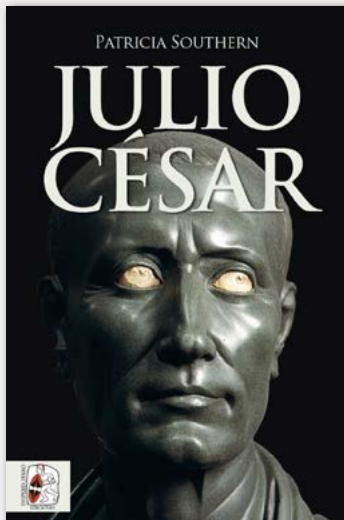


Julio César, una figura controvertida

Gigante político que sentó los cimientos de un imperio germen de Europa, brillante estratega invencible en el campo de batalla, legislador reformista con preocupaciones sociales... ¿o quizás dictador sin escrúpulos, consumado propagandista y militar genocida, espejo en el que se miran autócratas actuales? La próxima publicación de dos sonadas novelas sobre el personaje nos lleva a preguntarnos ¿quién fue realmente Julio César? En esta biografía, la historiadora británica Patricia Southern tiene todas las respuestas.



Julio César

978-84-123817-0-2

432 páginas + 8 a color

IBIC: HB-HBW-BGH-HBLA1-1D-2D

15,5 x 23,5 cm - lomo 3 cm - 800 g

Rústica con solapas

P.V.P. 26,95 €

Parte figura histórica, parte leyenda, Cayo Julio César fue uno de los grandes personajes de la Antigüedad y un individuo complejo: político brillante y maquiavélico, general genial, afortunado e implacable, un consumado conductor de hombres de agitada vida sentimental... Una imagen deformada tanto por la propaganda que el propio César vertió a la posteridad en sus *Comentarios* como por las sucesivas capas de ornato que, desde la Antigüedad hasta el presente, los historiadores han ido añadiendo a la vida del Divino Julio. Cribar entre realidad y leyenda es lo que plantea Patricia Southern para mostrar que la vida de César fue extraordinaria, sí, pero que distó mucho de ser una trayectoria ineluctable, con un destino inevitable, sino que fueron el implacable carácter del personaje y sus decisiones –además de más de un guiño de la diosa Fortuna– las que condujeron a aquel. Si antes de su consulado en 59 a. C. César era un senador más, en los siguientes quince años una extraordinaria sucesión de maniobras políticas y campañas militares le llevaron a acumular un poder inmenso, más del que ningún romano hubiese reunido nunca, apuntando al gobierno unipersonal que su hijo adoptivo Octavio finalmente instaurase. Desde la juventud de un patricio vanidoso y petulante a su asesinato, acaso el más célebre magnicidio de la historia, Patricia Southern consigue sumergirnos en las agitadas últimas décadas de la República romana, acompañando a César en sus ocho años de interrumpidas campañas en la Galia, en la guerra civil contra Pompeyo y los *optimates* que le llevó a recorrer el Mediterráneo y combatir desde Egipto hasta Hispania, y también a intimar con Cleopatra, la última faraona. Seguir la vida de Julio César es asomarse a un tiempo y una vida convulsos, entreverados de leyenda, pero que este libro despeja para arrojar luz sobre el hombre que hubo detrás del mito.

Patricia Southern es una historiadora inglesa especializada en el estudio de la historia y la arqueología de la Roma clásica. Ha sido bibliotecaria del Departamento de Arqueología y en la biblioteca de la Sociedad Literaria y Filosófica de la Universidad de Newcastle upon Tyne. Ha publicado diversas biografías, entre ellas las dedicadas a Domiciano (1997), Augusto (1998, traducida al castellano por Gredos; segunda edición, revisada en inglés, 2013), Marco Antonio (1998), Pompeyo (2003) y Zenobia de Palmira (2009), así como libros sobre historia romana y arqueología, entre ellos *El Ejército romano del Bajo Imperio* (Desperta Ferro Ediciones, 2018), y es autora de numerosos artículos sobre historia romana en la página web de la BBC History y en la revista académica *Roman studies journal Britannia*.

En librerías el miércoles 30 de marzo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



PERSPECTIVA HISTÓRICA DE UNA VIDA EXTRAORDINARIA

Sobre Cayo Julio César se han publicado infinidad de biografías, monografías, artículos académicos y en revistas de divulgación, y también una miríada de novelas históricas y cómics. Y su imagen ha llegado al cine y a la televisión. Quizá no haya un personaje romano más conocido y su asesinato es uno de esos acontecimientos históricos que todo el mundo conoce. Frases como “cruzar el Rubicón” y “la suerte está echada” forman parte del acervo popular, y se sigue repitiendo la frase que (supuestamente) dijo cuando Marco Bruto le asestó la última puñalada (“¿tú también, hijo mío?”). Su figura, divinizada tras su asesinato, ha llegado también a la mitificación en nuestro tiempo y prácticamente sus éxitos militares se consideran que estaban predestinados a suceder, así como su asunción de un poder tan absoluto e intolerable para los romanos de su época, que estos no tuvieron más remedio que asesinarlo en aras de una República libre amenazada por sus ambiciones.

Un proyecto político para la posteridad

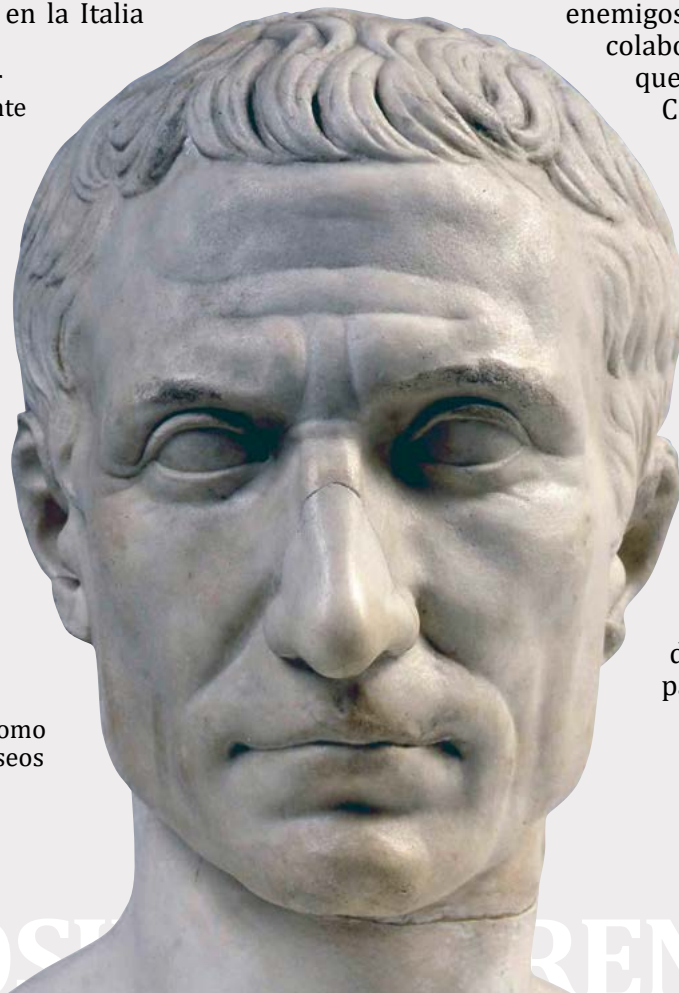
Pero lo cierto es que César no estaba más predestinado que otros personajes de su época, como Cayo Mario, Lucio Cornelio Sila, Cneo Pompeyo Magno o Marco Antonio, que de un modo u otro también pusieron en riesgo los cimientos de un régimen, el republicano, creado para el gobierno de una ciudad-estado, como tantas otras en la Italia

El busto conocido como César Chiaramonti fue probablemente realizado ya a comienzos de la época augustea (ca. 44-30 a. C.), y contrasta con la imagen de Cayo Julio César del «busto de Túscolo». Frente al realismo de aquel, el César Chiaramonti enfatiza la *gravitas* del personaje, una calma y aplomo fruto de su larga experiencia, pero sin dejar de sugerir, merced a la suavidad de la ejecución, una frescura que indica que el tiempo no podía hurtar al Divino Julio su potencia. De hecho, la calvicie tan presente en el retrato de Túscolo, aquí apenas es perceptible. Esta obra está en el origen de los retratos de César conocidos como de tipo Chiaramonti-Pisa. Museos Vaticanos, Roma.

de finales del siglo VI a. C., pero no adaptado a las necesidades de un imperio mediterráneo y que se adentraba en el interior de Europa, África y Asia. César posiblemente no fue el primero en entender que el encorsetado entramado político de la Roma republicana era cada vez más inoperante cuando había que administrar y gobernar territorios a cientos de millas de distancia o había que llevar a cabo conquistas que requerían mandos militares exentos de las limitaciones espacio-temporales que solo funcionaban en Roma y la península itálica.

Pero César fue probablemente el primero que comprendió que el imperio de los romanos necesitaba una figura dirigente permanente, inviolable y sin restricciones a su poder. Quizá eso explique que la figura de la dictadura, que asumiera Sila a finales de los años 80 a. C. sin limitaciones y durante un tiempo más extenso que los seis meses tradicionales, pero que acabó por abandonar voluntariamente tras realizar la tarea para la que había sido designada (promulgar leyes y restaurar el régimen republicano), fuera para César una magistratura que debía ser permanente, de por vida (*dictator perpetuo*), con poderes omnímodos (y que incluían el veto de los tribunos de la plebe). Quizá también la designación de César para este cargo, desde el 45

a. C., aglutinó a toda una serie de antiguos enemigos, rivales perdonados y colaboradores desencantados, que vieron que solo a través de César, de su voluntad y de su patronazgo político, podía existir un régimen político que ya no sería libre. ¿Qué lugar quedaba para la competencia política si las magistraturas, aun cuando fueran ampliadas en número, eran elegidas con varios años vista bajo supervisión de César y para sus más cercanos colaboradores? ¿Qué discusión podía haber en el Foro ante la ciudadanía si las leyes se decretaban por decisión de una sola persona? ¿Qué papel tendría la oratoria si ya



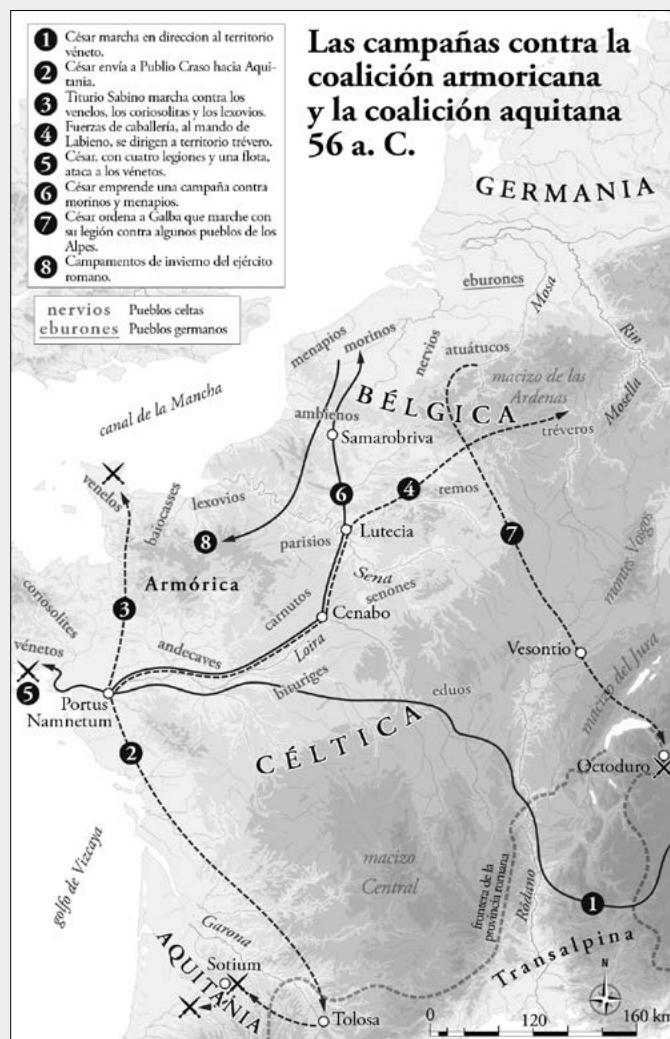
no era para convencer a los demás ciudadanos y sí para alabar o adular a un tirano? Puede que las idus de marzo del año 44 a. C. no estuvieran predestinadas a suceder, pero para muchos romanos que creían en un régimen republicano libre (aunque fuera "libre" para las ambiciones personales y la corrupción en la elección de los cargos políticos) la mera existencia de un gobernante perpetuo era insostenible.

El legado de César trascendió su extraordinaria vida: su proyecto sería asumido, no sin una larga sucesión de sangrientas contiendas civiles durante casi quince años, por su sobrino-nieto, Gayo Octavio, adoptado por vía testamentaria y que asumió el nombre de César, como Gayo Julio César (obviando el Octaviano que tradicionalmente habría añadido a su nombre), y la fortuna y clientela de César. Como el futuro Augusto, este enfermizo muchacho con una voluntad de hierro, comprendió que César tenía razón, pero que se equivocó en los medios y los tiempos. Augusto logró la preeminencia que César acarició, pero, dándole la vuelta al adagio que posteriormente enunciaría Giuseppe Tomasi di Lampedusa en *El gatopardo*, pues para que todo fuera nuevo era necesario que todo permaneciera igual; y de este modo, bajo vestiduras republicanas, Augusto, el *princeps*, el primer emperador romano, asumió un poder absoluto que los romanos de su tiempo aceptarían (gradualmente) con naturalidad.

Una carrera de obstáculos

Pero César no estaba predestinado al poder supremo; no más que otros de sus coetáneos, decíamos antes. Su vida pública hasta la pretura del año 62 a. C., cuando rondaba ya los cuarenta años de edad, no destacaba más que la de otros políticos con ambición que escalaban los peldaños de la carrera política. **Hasta su primer consulado, en el año 59 a. C., César no fue tan temido y hasta que no triunfó sobre los galos tras ocho años de una cruenta guerra, su aura de invencibilidad no estaba demostrada.** Estrictamente hablando, la extraordinaria vida de Cayo Julio César transcurrió en sus últimos quince años de existencia. Hasta entonces el miembro de una reverenciada pero políticamente poco influyente familia, como fueron los Julio Césares, se desarrolló bajo los cauces normales de un político romano. Pero César pronto demostraría que no sería un romano más. El matrimonio de su tía Julia con Cayo Mario vinculó a César con un héroe militar y un adalid de la causa de los populares, en la senda de los hermanos Tiberio y Cayo Sempronio Graco y de Lucio Apuleyo Saturnino; César fue *popularis*, pero lo fue a su manera, navegando entre las contradicciones de la política romana en la que populares y optimates a menudo colaboraban juntos. Frente a los más conservadores entre el Senado, los optimates que acabarían por alinearse

Las campañas contra la coalición armoricana y la coalición aquitana 56 a. C.



con Lucio Cornelio Sila, César jugó una vía personal, como lo haría Cneo Pompeyo Magno, quien llevó al límite sus ambiciones y puso a prueba los márgenes "constitucionales" del régimen republicano con sus poderes extraordinarios; Pompeyo, el joven carnicero que encadenó mandos militares que estaban por encima de los cónsules, acabaría por unirse a aquellos optimates que no podían permitir que nadie, y ningún César, estuviera por encima de lo que marcaba la tradición.

Héroe militar a los veinte años, galardonado con una corona cívica, abogado destacado en el Foro en los años siguientes, cuestor en Hispania a los treinta y uno, edil popular a los treinta y cinco, pretor y pontífice máximo a los treinta y ocho, propretor a los treinta y nueve, cónsul a los cuarenta y uno, procónsul hasta los cincuenta años, dictador hasta su muerte a los cincuenta y seis... **César encadenó éxitos políticos y militares en su carrera, pero no sin obstáculos** que a menudo le obligaron a cambiar los planes y que muestran que no hubo un plan maestro hacia el poder absoluto, sino que este hubo que lucharlo sin descanso. Los contactos familiares con Mario y Cinna



Anverso de un denario acuñado por Lucio Hostilio Saserna en el 48 a. C., con cabeza de galo con el cabello encrespado y una cadena al cuello, que señala su cautividad, y escudo a su espalda.

Del triunvirato a la autocracia

El triunfo ganado tras su propretura en Hispania y que César no dudó en desechar si eso le impedía no poder aspirar al consulado del año 59 a. C. marcó una nueva etapa en su vida política, ya lanzada hacia un poder cada vez más temido: la ganancia sería un proconsulado en las Galias e Iliria durante cinco años y que, renovado, acabaría durando casi una década. Las negociaciones con Pompeyo y Craso para formar el mal llamado "primer triunvirato", el Monstruo de Tres Cabezas, dieron paso a que durante gran parte de los años 50 a. C., los tres hombres acumularan mandos militares e influencia política; y aunque el acuerdo pareció sólido en lo personal con el (feliz) matrimonio del ya maduro Pompeyo con la jovencísima hija de César, fue una alianza frágil a lo largo de esa década, necesitada de constantes costuras, y que se vio en dificultades de mantener tras las muertes de Julia y Craso, en los años 54 y 53 a. C. respectivamente, al tiempo que Pompeyo empezó a virar hacia el lado de los *optimates*, de los enemigos de César. Sería la amistad entre César y Pompeyo la que condujo a la guerra civil, escribiría más tarde Plutarco, y no su enemistad: una alianza que puso al régimen republicano al servicio de sus ambiciones, con sendos y extensos mandos proconsulares, y que a la postre se rompería cuando ambos ya no vieron elementos que pudieran mantenerla. La larga guerra civil de los años 49-45 a. C., en realidad primera temporada de la serie de conflictos civiles que no acabaría hasta el suicidio de Marco Antonio y Cleopatra en Alejandría en el año 30 a. C., sería la apuesta hasta el límite de un César, invencible procónsul de las Galias (aunque con alguna que otra debacle maquillada), que se negaría a no ser reconocido como una figura estable en el tablero político y a ser víctima de los procesos judiciales que sus enemigos mortales le estaban preparando una vez depusiera el mando provincial. **Del Rubicón a Farsalia, César siempre apostó para ganar y lo acabaría haciendo**, si bien no con la rapidez que hubiera querido. Entonces jugó la carta de la clemencia, que en las últimas campañas contra sus enemigos, en Tapso (46 a. C.) y Munda (45 a. C.), ya no utilizó. Para cuando regresó a Roma, en el invierno del 44 a. C., y preparaba nuevas campañas militares contra dacios y partos, y para cuando su figura política distaba mucho de procónsul que iniciaba una guerra civil para defender su *dignitas* y sus derechos a un segundo consulado, César ya era el dictador perpetuo; los puñales en la Curia Pompeya esperaban a su último destino.

en los años 80 a. C. casi acabaron con su carrera antes de empezar; contactos que, ya fuera explotando el recuerdo del primero o negándose a divorciarse de la hija del segundo, le granjearon un lugar propio, pero aún no destacado en los años 70 y parte de los 60 a. C. Poco sabemos del César de esos años, pero no descansó y pronto surgieron algunos acontecimientos que, con el tiempo se convirtieron en leyenda: la osadía ante el viejo dictador Sila, que puso en aviso a los romanos ante los muchos Marios que había en ese joven; la captura por los piratas cilicios y cómo, durante su tiempo como rehén, acabaría por mandarlos callar por la noche y finalmente los venció e hizo crucificar del modo en que había predicho que haría; las lágrimas ante la estatua de Alejandro en Gades o la frase de que prefería ser el líder en un villorrio hispano que el segundo en Roma se diría después que anticiparían sus ansias de poder; la puesta en escena de trescientas veinte parejas de gladiadores en el Foro Romano durante su edilidad y que harían temblar los cimientos de la paciencia de sus enemigos políticos, de Quinto Lutacio Catulo al joven Marco Porcio Catón, pasando por Marco Bíbulo y Lucio Domicio Ahenobarbo, rivales de por vida; su controvertible papel en las conjuraciones de Catilina y el papel que pudo desarrollar en ellas, si es que lo hizo; su frase para la historia de que la mujer de César está por encima de toda sospecha, aducida como causa de divorcio de su (tercera) esposa Pompeya a raíz del escándalo de la Bona Dea, misterioso acontecimiento del que acabaría saliendo indemne su provocador, el inefable Publio Claudio, pronto Clodio, Pulcro.

UNA BIOGRAFÍA COMPLETA

En pocas palabras

Ante la masa bibliográfica sobre el último siglo de la República romana y la transición al régimen del Principado forjado por Octavio Augusto, heredero del nombre, la fortuna y la clientela de César, este estudio ofrece un relato coherente y contrastado de la vida pública de uno de los personajes más apasionantes, si no el más, de la civilización romana. Pensemos, por ejemplo, que sin el precedente de César, Octavio no se habría convertido en su sucesor y el régimen republicano podría haber evolucionado de otra manera, **cambiando la historia del mundo occidental**. Uno de los puntos fuertes de este libro es señalar la importancia de la contingencia en el devenir histórico y que, por ejemplo, la guerra civil de los años 49-45 a. C. no era inevitable.

Como también se detalla en este libro, la guerra de las Galias (58-50 a. C.), en realidad una sucesión de campañas localizadas en áreas concretas, hasta la gran rebelión del año 52 a. C., tampoco tuvo un resultado claro desde el principio. César no pudo prefigurar que su mando duraría casi una década, pero sí fue consciente de que su *imperium* proconsular exigía de más tiempo que el marcado por los límites anuales. La conquista fue más compleja y la resistencia más dura de lo esperado, pero **César forjó con sus legiones una máquina de guerra** que a largo plazo fue imparable y que le permitió afrontar la guerra civil con una cierta ventaja frente a sus rivales, incluso en inferioridad numérica. Supo también delegar en competentes legados (Tito Labieno, Publio Craso, Quinto Cicerón, entre los más destacados), aunque algunos le dieran la espalda en el posterior conflicto civil.

Es importante remarcar que una biografía sobre un personaje del mundo antiguo requiere de una lectura crítica de las fuentes y de distinguir qué hay de leyenda creada a posteriori en personajes como César y qué de realidad. **En esta biografía se traza una desapasionada narración sobre un personaje que, como todo ser humano, tenía sus flaquezas, defectos y también momentos de trivialidad**. En estas páginas se sigue, con plausibilidad respecto a las fuentes, al César al que conviene desnudar de la exaltación y la deformación que tras su luctuosa muerte se creó alrededor de su figura. Su vida, a la postre, fue extraordinaria, pero no vivió en un pedestal.

A la crítica de las fuentes y el manejo de una relevante bibliografía secundaria se añade la **amenidad del relato por parte de una autora ya bregada en otras biografías de personajes romanos**; de este modo el lector interesado en un periodo de la historia romana de suma relevancia histórica (e historiográfica), encontrará herramientas para reflexionar sobre la figura pública y el legado político de un personaje que, más de dos mil años después, sigue despertando pasiones.

Una perspectiva amplia

Con este libro se propone ofrecer una panorámica de la vida de César que destierra los postulados teleológicos. Una biografía que parte de la parquedad de fuentes para las primeras tres décadas y media de la vida del personaje, mientras que contamos, gracias a la correspondencia de Cicerón, la obra de Salustio sobre la conjura catilinaria y, además, los comentarios del propio César sobre las guerras gálica y civil, con muchos datos para sus últimos veinte años de vida. A partir del manejo crítico de esas fuentes, más las escritas con posterioridad (en particular, Veleyo Patérculo, Suetonio, Plutarco, Apiano y Dion Casio), y de algunas de las biografías y monografías históricas más relevantes en el panorama historiográfico, es posible elaborar una biografía de un personaje tan mitificado como César, y a la vez tan complejo.

El **primer capítulo** incide precisamente en esa vida extraordinaria que vivió, pero rehuyendo la ventaja de la presciencia que el historiador asume, desde el presente, sobre la visión global del personaje, que no pudo anticipar bajo ningún plan el camino hacia un poder absoluto que no estaba predestinado a conseguir. En cualquier momento César pudo morir antes de alcanzar ese lugar en la cumbre y en todo momento debió de tirar de determinación, rapidez mental, oportunismo, habilidad y, por qué no, bastante suerte para hacer frente a los innumerables obstáculos que se le presentaron a lo largo de su carrera política y militar. No hubo carta que le sacara de la cárcel en el juego romano del Monopoly ni manual de instrucciones para arreglar un sistema republicano en crisis.

El **segundo capítulo** dibuja el escenario político de la República romana en el que César representó su papel, mientras que el **capítulo tercero** narra las vicisitudes de la familia de César en la primera década y media del siglo I a. C., y del propio personaje, adolescente, hasta el regreso de Sila de Oriente en el año 83 a. C.; es poco lo que sabemos de César en estos años y mucho lo que sucedió a su alrededor y que, de un modo u otro, le marcaría como aprendizaje para la supervivencia política.

El **capítulo cuarto** marca los primeros pasos de César en la política y la carrera militar: no olvidemos que ambos elementos iban indisolublemente unidos en todo romano que quisiera hacer carrera pública. El joven César acumularía méritos, como otros romanos de su época, y se foguearía tanto en algunas campañas militares en Oriente como en algunos sonados procesos judiciales en el Foro, y que, si bien no fueron exitosos, sí le granjearon la notoriedad que todo joven político ambicionaba.

Los **capítulos quinto y sexto** nos sitúan a César como senador, primero, y el rol que jugó para situarse en

el convulso tablero político en la pugna entre optimates y populares, asumiendo los primeros cargos en la carrera política (cuestor y edil); y, en segundo lugar, los primeros cargos con *imperium*; es decir, la pretura urbana en Roma y la propetura con mando militar en Hispania. Como pretor César ya destacaría entre la élite política de finales de los años 60 a. C. y su voz no sólo fue escuchada, sino también envidiada y temida; como propretor, se ganó algunos laureles en Hispania, comenzó a acumular la enorme fortuna financiera que tendría el resto de su vida y le permitiría enjugar las escandalosas deudas de los años previos, se ganó un triunfo que finalmente desechó y puso las cartas encima de la mesa de lo que se podía esperar de él como cónsul.

El **capítulo séptimo** se centra en su consulado del año 59 a. C.: el ambicioso proyecto de ley agraria que negoció en el Senado y finalmente tuvo que lograr aprobar en los comicios populares; la forja de la alianza con Pompeyo y Craso (el “primer triunvirato”) y la consecución de un extenso mando proconsular en las tres Galias (Cisalpina, Transalpina y lo que conquistara en la Comata) e Iliria. Es también el César que apuntaba maneras hacia un poder absoluto.

Los **capítulos octavo y noveno** tratan la etapa de César como procónsul en las Galias: el octavo traza el escenario galo que se encontró y las bases militares con que contó (y engrandeció), así como el valor de sus comentarios (propagandístico, sobre todo); por su parte, el noveno resigue las diversas campañas, de los helvecios y los germanos de Ariovisto en el 58 a. C., los belgas en el 57 y 56, los aquitanos y la expedición a Britania en el 55, con una segunda entrega en el 54, las complicaciones del año 53, que anticipaban la gran rebelión gala liderada por Vercingétorix en el 52, el desarrollo de esta y los últimos estertores de la resistencia de los galos en el 51. La forja de César como militar “invencible” y de sus legiones como la poderosa arma para alcanzar el poder supremo.

Los **capítulos diez a trece** narran el complejo camino a la guerra civil y en el que las discusiones académicas aún continúan (diez); el estallido del conflicto y las campañas en varios frentes en el año 49 a. C. (once); la guerra en Grecia, con Dirraquio y Farsalia como principales acontecimientos bélicos y en Alejandría, donde César conoció a Cleopatra (doce); y las campañas en África e Hispania de los años 46 y 45 a. C., con los grandes triunfos de César en medio y sus ambiciosos programas de reconstrucción y colonización dentro y fuera de Italia (trece).

El **capítulo catorce**, último, plantea los últimos meses de vida de César, a su regreso de Hispania, y el camino que condujo a su asesinato. La consecución de una dictadura perpetua sería el catalizador de una conjura contra su persona que finalmente acabaría con su vida en las idus de marzo del año 44 a. C. Su legado sería recogido por su sobrino-nieto, Cayo Octavio, quien, como Augusto, forjaría el poder unipersonal estable y permanente, el principado, que César no tuvo la prudencia ni el tipo de pergeñar.

El conocido como «busto de Túsculo», encontrado en dicha antigua ciudad del Lacio durante las excavaciones allí realizadas por Luciano Bonaparte entre 1804 y 1820, es uno de los pocos retratos originales coetáneos de Cayo Julio César conservados, si no el único. En él aparece el César hombre, no el Divino Julio: un rostro y cuello en el que se marcan las arrugas de la edad, y un abultado e irregular cráneo, que apenas alcanza a cubrir un cabello en retroceso. Tal como narra Suetonio (*Vidas de los doce césares*, DJ 45): «Llevaba muy mal el defecto de su calvicie, pues con frecuencia había podido comprobar que le exponía a las bromas de sus detractores. Por esa razón tenía costumbre de traer su ralo cabello desde la coronilla hacia delante y, de todos los honores que le fueron decretados por el Senado y el pueblo, ninguno recibió o utilizó con más gusto que el derecho a llevar continuamente la corona de laurel». Museo di Antichità, Turín.

DOSIER DE PRENSA

CONVERSACIÓN CON PATRICIA SOUTHERN

Además de ser uno de los personajes más notorios de la Antigüedad, en la actualidad percibimos a Julio César como alguien muy contemporáneo. ¿A qué se debe esta fascinación?

César se presentó y promovió a sí mismo tanto ante sus contemporáneos como ante nosotros a través de su propia narración de sus guerras, de ahí que nos parezca más cercano que otros romanos que no hablaron por sí mismos. En sus memorias reconoce que cometió errores –aunque probablemente no admitió la responsabilidad exclusiva de los mismos–, y por ello ha pasado a la posteridad como una persona modesta, cosa que desde luego no era. En política se dejó guiar por el sentido común, incluso cuando la hoja de ruta que este le dictaba contravenía las de otros políticos. Y por encima de todo fue un ganador –excepto al final, claro está–, y la historia gusta de los ganadores.

Por supuesto, y tal como lo describe en su libro, César fue un hombre de su tiempo. Antes de su consulado de 59 a. C., su carrera era similar a la de muchos otros aristócratas romanos, pero en los quince años siguientes despegó como un cometa. ¿Cómo lo consiguió? ¿Una personalidad extraordinaria? ¿Un animal político? ¿Suerte? ¿Estar en el lugar adecuado en el momento oportuno?

Su carrera despegó porque César era audaz, valiente y decidido, cualidades gracias a las que sobrevivió a Sila. Manióbró para sortear las leyes o prevaricó cuando fue necesario en la consecución de sus objetivos, e influyó sobre otros para que le ayudaran. Los aristócratas romanos funcionaban como un lobby, con sus clientes y sus agentes, y César sabía como recompensar a los suyos. ¿Cómo se ganó sus lealtades? Con una combinación de encanto, humor, generosidad, promesas cumplidas y, en su rostro más oscuro, poder.

La *clementia* era una virtud que César trató de enfatizar en su autopropaganda, pero como miles de hombres, mujeres y niños de la Galia pudieron atestiguar, la suya era una *clementia* de cortas miras. Algunos biógrafos evitan tratar estos aspectos más sórdidos del personaje, a los que sin duda debemos enfrentarnos para arrojar una visión más ajustada de César y de su tiempo. ¿Qué piensa sobre ello?

En Roma, la *clementia* no era sino un mecanismo para ganarse a la gente, y creo que realmente César

trató de ser clemente dado que alguien tratado con misericordia se convertía en deudor al que más tarde se le podría cobrar el favor. La *clementia* era, por tanto, una jugada calculada... que por descontado, no se extendía a los no romanos.

César es considerado como uno de los comandantes militares más exitosos de todos los tiempos. ¿Cuáles fueron sus fortalezas y debilidades a este respecto?

Como comandante, fue capaz de hacerse obedecer y de imponer la disciplina, pero también era rápido de mente y flexible en la batalla, como demostró en Hispania cuando, viéndose rodeado, ordenó a cohortes alternas que giraran sobre sí mismas para encarar a un enemigo en dos direcciones. Si no era algo que los ejércitos romanos practicaban con regularidad ¿cómo lo hizo? También era un gran estratega, como manifestó en Farsalia cuando fue capaz de descifrar las intenciones de Pompeyo, y para contrarrestarlas extrajo hombres de sus filas para reforzar su flanco y formar una reserva. Pero sin duda no habría logrado nada de esto si no hubiera contado con el respaldo y obediencia de sus soldados.

¿Cree que las acciones de Julio César fueron determinantes para el fin de la República? En otras palabras, ¿crees que la tendencia hacia un poder unipersonal como el establecido por Octavio era inevitable?

No estoy segura de la inevitabilidad de un gobierno unipersonal en Roma, pero durante la baja República la autoridad de los dirigentes era extensa, como sucedió con Pompeyo durante la guerra contra los piratas. A los soldados les convenía ser fieles a sus comandantes por encima del Senado dado que este era parco en recompensas, lo que otorgó a los mandos un formidable poder de coerción para la consecución de sus objetivos. Y el Senado perdió aún más poder cuando los legados de Pompeyo comenzaron a rendirle cuentas directamente a él. Si a César se le hubiera permitido optar al consulado cuando regresó de la Galia, ¿se había transformado igualmente en un autócrata? Lo cierto es que se estaba haciendo mayor y no podía esperar a alcanzar la jefatura por los canales oficiales. Al sortear al Senado para alcanzar el poder, sin duda contribuyó al establecimiento del gobierno unipersonal.



Áureo acuñado por Julio César tras su victoria en Farsalia, entre el 48 y el 47 a. C. En el anverso, cabeza femenina con corona de hojas de roble y diadema, acaso Venus o la representación de Clementia, y leyenda LII, en alusión al cincuenta y dos cumpleaños de César. En el reverso, trofeo con armas galas –escudo, *cornyx* y casco con cuernos– y hacha, en referencia al sacerdocio de *pontifex maximus*.

Las acciones de César y su coqueteo con la plebe romana, pero también personajes como su tío abuelo Mario, Pompeyo o Clodio, nos recuerdan a ciertos políticos populistas de hoy día y a algunos dirigentes inmersos en derivas autoritarias y militaristas, como puede ser el caso de Putin. ¿Es pertinente establecer un paralelismo entre la crisis de la baja República y nuestras sociedades contemporáneas que nos pudiera servir de advertencia?

Personalmente solo puedo entender la política moderna a través de sus paralelismos con Roma, por lo que sí, podemos comparar acontecimientos y políticos. Para bien o para mal no hemos evolucionado tanto y como se decía de los *Western*, a fin de cuentas, solo hay seis argumentos básicos. Comparar a César con Putin es, cuanto menos, tentador. Por una parte César no intentaba reconstruir ningún viejo imperio, sino que se limitó a incorporar territorios en buena medida para racionalizar y proteger las fronteras de la República. En la Galia, César no puso a los civiles en el punto de mira, aunque lo cierto es que tampoco le quitaban el sueño las víctimas no romanas; en la Galia todo hombre era un guerrero en potencia, por lo que no hubo cabida para su famosa *clementia* –reservada a los prisioneros romanos de la guerra civil–, aunque curiosamente también consideraba “misericordioso” cortarle las manos a los cautivos galos en vez de matarlos. Esto no justifica que César también ocasionara la muerte de mujeres y niños, aunque en

cifras imposibles de estimar. Políticamente hablando, aunque la mayoría de los romanos podían sortear los problemas, incluso si eso significaba prevaricar, y César recurrió al engaño en repetidas ocasiones, dista de ser un personaje tan siniestro como Putin. Quizás lo único que se le fue de las manos fue encarcelar a Catón por hablar más de la cuenta y retrasar su reforma agraria, pero lo soltó pronto. Dudo que Putin hubiera hecho lo mismo. Tampoco creo que César amedrentara tanto a su entorno como para que este solo le dijera lo que quería oír, como parece ocurrir en los pasillos del Kremlin. Respecto a la población romana, César trató de mejorar la vida de los civiles con repartos de trigo gratuito y el impulso de una reforma agraria por la que otorgar tierras a los campesinos no propietarios, así como a sus soldados veteranos, y hubo de hacerlo frente a la férrea oposición de los senadores hostiles a su persona. Tampoco parece el caso de Rusia. En cuanto a sus capacidades militares, no hay comparación entre un César armado con espada y escudo combatiendo en primera línea, con un Putin descargando su frustración en sus generales desde el confort de su despacho. Llámame tendenciosa, pero tomaría el té antes con César que con Putin.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.



ÍNDICE

Prefacio

1. César: una vida extraordinaria
2. Los últimos años de la República romana
3. La familia de César y sus primeros años, 100-83 a. C.
4. Primeros pasos en política, 83-69 a. C.
5. César, senador, 69-63 a. C.
6. Pretor y propretor, 62-60 a. C.
7. Cónsul, 59 a. C.
8. César, las Galias y el Ejército romano, 58-50 a. C.
9. Galia y Britania, 58-50 a. C.
10. El camino hacia la guerra, 58-50 a. C.
11. La escalada y el estallido de la Guerra Civil, 50-48 a. C.
12. La Guerra Civil, 48-47 a. C.
13. África e Hispania, 47-45 a. C.
14. Desenlace, 45-44 a. C.

Bibliografía

Índice analítico

DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 1

CÉSAR: UNA VIDA EXTRAORDINARIA

Cayo Julio César fue, sin lugar a dudas, un individuo legendario. Su figura está a la altura de la de Alejandro Magno, tal como supo ver Plutarco, quien no vaciló en equiparar a ambos personajes en sus *Vidas paralelas*, las biografías en las que el erudito comparaba a los héroes y villanos griegos con sus equivalentes romanos. Y es que, como sucedió con Alejandro, el nombre de César continuó resonando a través de los siglos, convirtiéndose a la postre en un título empleado por los emperadores romanos para distinguir a sus herederos y sucesores, y reemergiendo en momentos más recientes para designar al káiser en Alemania o al zar en Rusia. Ahora bien, el epíteto que acabo de emplear, «legendario», no implica relegar a César al reino de lo mitológico, donde la fantasía impera sobre la realidad, sino que alude a un personaje colosal, de una inteligencia suprema, siempre victorioso y situado muy por encima de sus insignificantes contemporáneos, hasta el punto de que cualquier embellecimiento o exageración de su historia termina fundiéndose con ella y convirtiéndose en una parte indisoluble de la misma, pues en las biografías de estos sujetos todo es verosímil, por fantástico que parezca. Hasta cierto punto, podemos observar idéntico proceso acumulativo en personajes mucho más recientes, pero asimismo legendarios como George Washington, Napoleón Bonaparte o Winston Churchill. Conocemos y podemos verificar muchos más datos sobre estas personalidades modernas que sobre sus correlatos antiguos, mas ello no obsta para que la percepción de sus biografías vaya experimentando cambios significativos, sutiles o no, con cada cambio de época. Lo mismo sucede con César: cada generación no puede evitar contemplar al personaje a la luz de su propio tiempo, por lo que, en última instancia, tendríamos que preguntarnos si alguna vez hubo un César real. Es posible que ni siquiera sus amigos y enemigos pudieran responder con certeza a semejante cuestión,

y, a dos mil años de distancia, nosotros, como es obvio, no estamos en mejor disposición de hacerlo. Sabemos mucho de lo que hizo y, en ocasiones, sabemos también qué era lo que estaba intentando alcanzar y las razones que lo empujaban. A veces estamos al tanto de lo que en apariencia dijo, si bien sus palabras, preservadas por otros autores antiguos, están sujetas a los malentendidos y a las alteraciones propios de cualquier discurso transmitido por un tercero. Por último, de forma esporádica, César también fue retratado desde una perspectiva menos halagüeña (perdiendo la paciencia y actuando con precipitación, o incluso con una crueldad deliberada), lo que nos recuerda que, después de todo, era un ser humano, y por ende participaba de todas las complejidades de humor y temperamento que diferencian a los hombres y mujeres de los héroes.

La principal dificultad con la que se encuentran los historiadores que tratan de documentar las biografías de estos seres humanos archiconocidos estriba en penetrar más allá de la leyenda, confeccionando narraciones que ignoren o descarten todo ese conocimiento retrospectivo acumulado sobre los personajes, sobre sus peripecias vitales, sobre sus logros y, lo que es más importante, sobre el final de sus vidas. Quien redacta una biografía histórica, y también quien la lee, se ve irremediamente influido por sus expectativas previas sobre el resultado final, pues incluso los lectores menos versados en la materia tendrán con toda probabilidad algunas ideas claras al respecto. ¿Acaso alguien comienza a leerse una biografía de César sin saber que fue asesinado en el 44 a. C., o que Napoleón no debió invadir Rusia y que acabó sus días exiliado en Santa Elena? Al contrario de lo que sucede cuando se revela quién es el asesino en las primeras páginas de una novela policiaca, no creo probable que ninguna de las anteriores afirmaciones estropee el final del presente libro a ninguno de sus potenciales lectores.

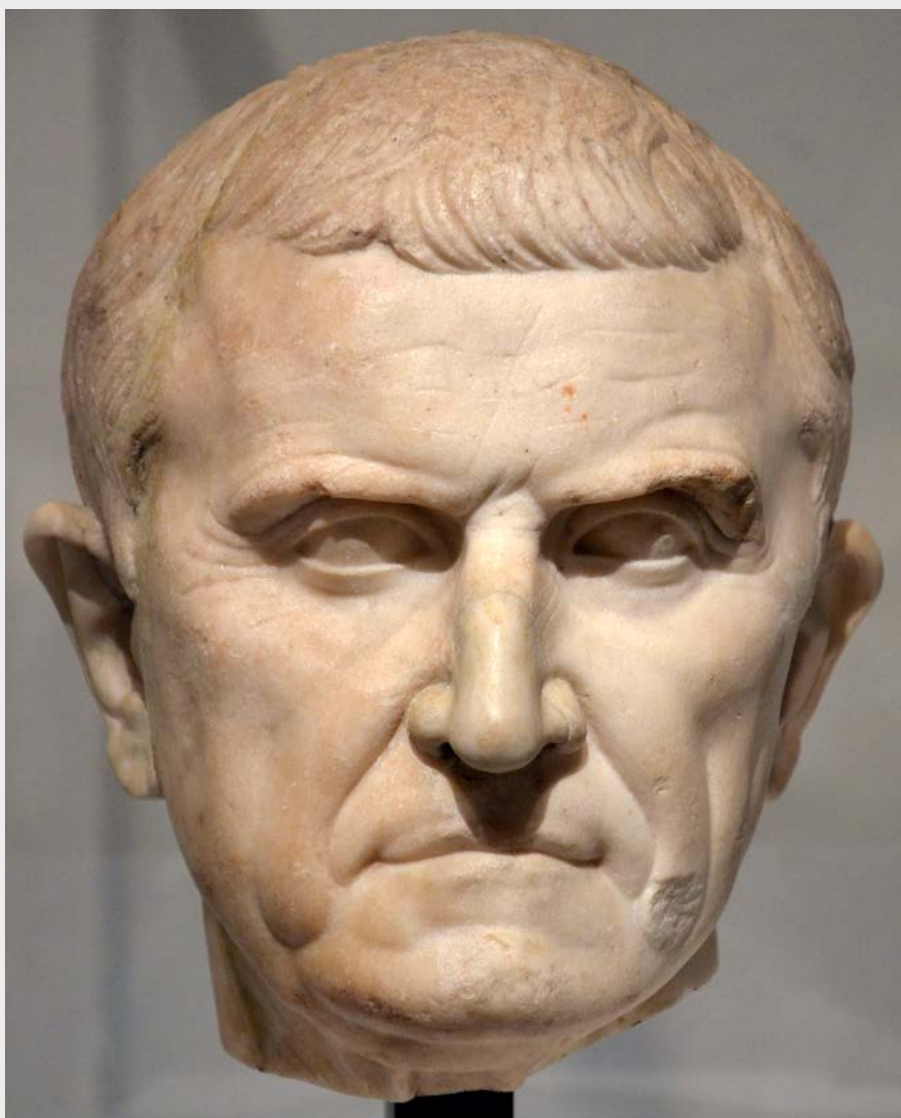
CAPÍTULO 2

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE LA REPÚBLICA ROMANA

El mundo romano en el que César dio sus primeros pasos era un universo violento, corrupto y desgarrado por las luchas entre facciones congregadas en torno a ciertos aspirantes al poder político; unas luchas que en no pocas ocasiones derivaron en conflictos armados o incluso en guerras civiles. Ahora bien, la historia tiende a centrarse en este tipo de acontecimientos, dando la impresión de que la vida política romana se caracterizó por una perpetua agitación, cuando en realidad los periodos que mediaron entre los sucesivos estallidos de violencia fueron de una relativa tranquilidad. Los susodichos aspirantes al poder en ocasiones alcanzaban sus objetivos dentro de los límites del sistema legal, aunque si fracasaban en sus expectativas solían tratar de cambiar las reglas del juego, o incluso de romperlas. Ostentar el poder era requisito imprescindible para alterar la manera en la que el Estado funcionaba, pero, aunque los políticos de la República tardía solían conducirse para favorecer sus propios intereses personales, no todos los aspirantes al poder fueron perversos megalómanos cuya única ambición era su propio encumbramiento. Los hombres que alcanzaron la cumbre de la escena política a menudo lo hicieron bien provistos de una agenda de reformas, las cuales no solían ser negativas en sí mismas, pero cuya implantación en el mejor de los casos tendió a ser violenta, y en el peor, sangrienta.

La forma de gobierno en Roma, Italia y las provincias llevaba evolucionando desde el siglo VI a. C., cuando se expulsó al último de los reyes y se fundó la República, acontecimiento que en

origen se situaba en el 509 a. C. El principal órgano de gobierno era el Senado, compuesto por los hombres más importantes del Estado. Para ser senador, además, había que cumplir con cierto umbral de riqueza, por debajo del cual no se podía acceder a la cámara, como tampoco podía permanecer en ella aquel senador cuyas rentas decrecieran más allá del



Busto de Marco Licinio Craso. Museo del Louvre, París.



Busto de Cneo Pompeyo Magno. Museo del Louvre, París.

orden de intervención prescrito, en virtud del cual los senadores más antiguos tomaban la palabra en primer lugar. El concepto de «magistrado», finalmente, se aplicaba en el ordenamiento institucional romano a toda una serie de servidores públicos con funciones mucho más diversas de las que engloba el término moderno en español, circunscritas en esencia a la carrera judicial. Los magistrados romanos no solo gestionaban las cuestiones legales, sino que también se encargaban de la administración civil, de los mandos militares y de los asuntos religiosos.

En época de César, los magistrados con mayor autoridad eran los dos cónsules, elegidos anualmente e investidos ambos durante un año de potestades civiles y militares análogas. Este tipo de gobierno colegiado había reemplazado siglos atrás al de los reyes, lo que evidenciaba hasta qué punto los romanos estaban resueltos a no tener que verse nunca más sometidos al poder de un solo hombre. Los cónsules ostentaban poderes civiles, jurídicos y militares, otorgados estos últimos oficialmente por el Senado mediante la concesión del *imperium*. El poder hereditario, así pues, había sido abolido en favor de los magistrados electos. Mas, aunque los senadores no podían transmitir directamente su poder político a sus hijos, no puede soslayarse un cierto componente hereditario en el sistema, un sistema basado en un puñado de poderosas familias que esperaban que la siguiente generación emulara a sus mayores en la vida política y en la carrera militar, abriéndose camino en ambos ámbitos en busca del éxito, pero arriesgándose también a fracasar y caer en el olvido.

Solo en los momentos de extrema emergencia se concedía el poder supremo a un único individuo, empleándose al efecto el título de dictador. Su autoridad excedía a la de cualquier otro magistrado, incluyendo a la de los cónsules, que continuaban en ejercicio pero en una posición subordinada. El dictador permanecía en su cargo durante seis meses, al término de los cuales los cónsules retomaban las riendas del sistema. Es más, si la emergencia se resolvía antes de que expirara dicho término, el dictador debía abdicar de su cargo, mientras que, si el problema persistía más allá de los seis meses previstos, se designaba a otro dictador en sustitución del primero. Al menos así hubiera debido suceder en teoría, mas el modelo quedó desmentido por los acontecimientos de los últimos años de la República, cuando los individuos tomaron la costumbre de aferrarse al poder con uñas y dientes.

mencionado umbral. El pueblo asistía al Senado mediante sus diversas asambleas, cuya capacidad ejecutiva era restringida pero cuya mera existencia justificaba técnicamente la famosa rúbrica «El Senado y el pueblo de Roma», con frecuencia representada mediante sus iniciales, *SPQR*. El Senado no podía reunirse sin ser convocado por alguno de los magistrados supremos, ni podía dirigir la política estatal. Los senadores debían contentarse con debatir aquellos asuntos que los magistrados sometieran a su criterio y con expresar sus opiniones al respecto, tras lo que tenía lugar una votación que determinaba la decisión mayoritaria de la cámara. Existía además un

CAPÍTULO 3

LA FAMILIA DE CÉSAR Y SUS PRIMEROS AÑOS, 100-83 A. C.

En la arena política romana, las bazas más importantes con las que uno podía contar de partida eran, sin lugar a dudas, una fortuna personal y unos ancestros ilustres entre los que figurara al menos algún cónsul, sobre todo si se trataba de un cónsul que en alguna ocasión hubiera salvado a Roma de algún peligro o hubiera vencido en alguna guerra. El linaje de los Julios era uno de los más antiguos de Roma y había dado a la República algunos cónsules, pero la rama concreta a la que pertenecía Cayo Julio César no había gozado nunca de ninguna preeminencia política y había pasado bastante desapercibida durante los últimos tres siglos. Julio, recordemos, era el nombre de la familia, el *nomen*, y no denotaba otra cosa que la pertenencia a la estirpe de los Julii. Cayo era el *praenomen* o nombre de pila, como podría ser Marco, Publio o Lucio, y en la familia de los Césares era el que se les otorgaba a todos los primogénitos. Por último, al *nomen* Julio le acompañaba en nuestro caso el *cognomen* César, que indicaba la rama de los Julios a la que pertenecía la familia. Ahora bien, ni «Julio» ni «César» eran apellidos en el sentido actual y, de hecho, en Roma coexistían varias ramas de Julios Césares. No podemos asumir, por ende, que todo romano denominado Julio fuera pariente de César, ni siquiera en el caso de que se llamara Julio César. Uno de los cónsules del 157 a. C. fue Lucio Julio César y el mismo nombre tenían los cónsules del 90 a. C. y el 64 a. C., pero ninguno de ellos era familiar cercano de nuestro protagonista.¹

Así las cosas, aunque los Julios se tenían por una de las familias más antiguas de Roma y se les reconocía el estatus patricio, lo cierto es que no disponemos de suficientes datos para rastrear los ancestros de César más allá de sus abuelos. Según la leyenda, los Julio Césares descendían de Julo, el hijo de Eneas, el héroe que trajo a su familia a Italia desde Troya tras la caída de la ciudad. A su vez, los padres de Eneas eran el mortal Anquises y la diosa Venus. Todo esto podría parecer ridículo si no fuera porque muchas otras familias romanas se tenían por descendientes de distintas divinidades, cuyos templos por lo general se ocupaban de erigir y mantener. En cuanto a los ancestros humanos de la familia, uno de los abuelos de César había sido

Cayo Julio César, esposo de Marcia, la hija de Quinto Marcio Rex, cuya familia se consideraba descendiente de uno de los reyes de Roma, Anco Marcio. Pero, más allá de esta pareja, ni siquiera basta la especulación para dilucidar quiénes fueron los antepasados de César, y ello pese a que el propio César hubo de tener acceso a los anales familiares. También sabemos que había registros censales estatales y que los nacimientos debían consignarse oficialmente, pero apenas conservamos nada de este tipo de fuentes administrativas, a excepción de algunas listas demográficas.

Cayo Julio César el Viejo, el padre de nuestro protagonista, pudo tener un hermano, Sexto Julio César, el cónsul del año 91 a. C., que por consiguiente sería el tío de César. Mas, aunque la existencia de este cónsul parece fuera de toda duda, su parentesco exacto con el futuro dictador no es tan evidente, pues podía también tratarse de un primo del padre de César. Lo que sí es seguro es que César el Viejo tuvo una hermana, Julia, que se casó con Cayo Mario hacia el 113 o 112 a. C. Por entonces, Mario todavía no se había hecho célebre, sino que se trataba aún de un caballero aspirante a político que acababa de ser elegido pretor en el 115 a. C. y que a continuación había servido como gobernador de la Hispania Ulterior en el 114 a. C. Pero Mario estaba llamado a un destino mucho más elevado, lo que con toda seguridad marcó la vida del joven César.

La madre de César, Aurelia, descendía de una ilustre familia plebeya. Ella sí tenía ancestros consulares, como su abuelo, cónsul en el 144 a. C., o su padre, cónsul en el 119 a. C., pero eso no habría de suponer por fuerza una baza en la carrera del hijo de Aurelia, pues lo que contaba más era, sin duda, el linaje paterno. Aurelia también tenía influyentes parientes en activo, como los hermanos Cayo, Marco y Lucio Aurelio Cota, que lo más seguro es que fueran sus primos. Aurelia y Cayo Julio César tuvieron tres hijos: César y dos niñas, ambas llamadas Julia. La tradición dictaba, en efecto, que todas las hijas recibieran el nombre de la familia paterna; las dos Julias se distinguieron oficialmente como Julia Prima y Julia Segunda, aunque lo más probable es que cada una contara, asimismo, con su propio apelativo informal.

CAPÍTULO 4

PRIMEROS PASOS EN POLÍTICA, 83-69 A. C.

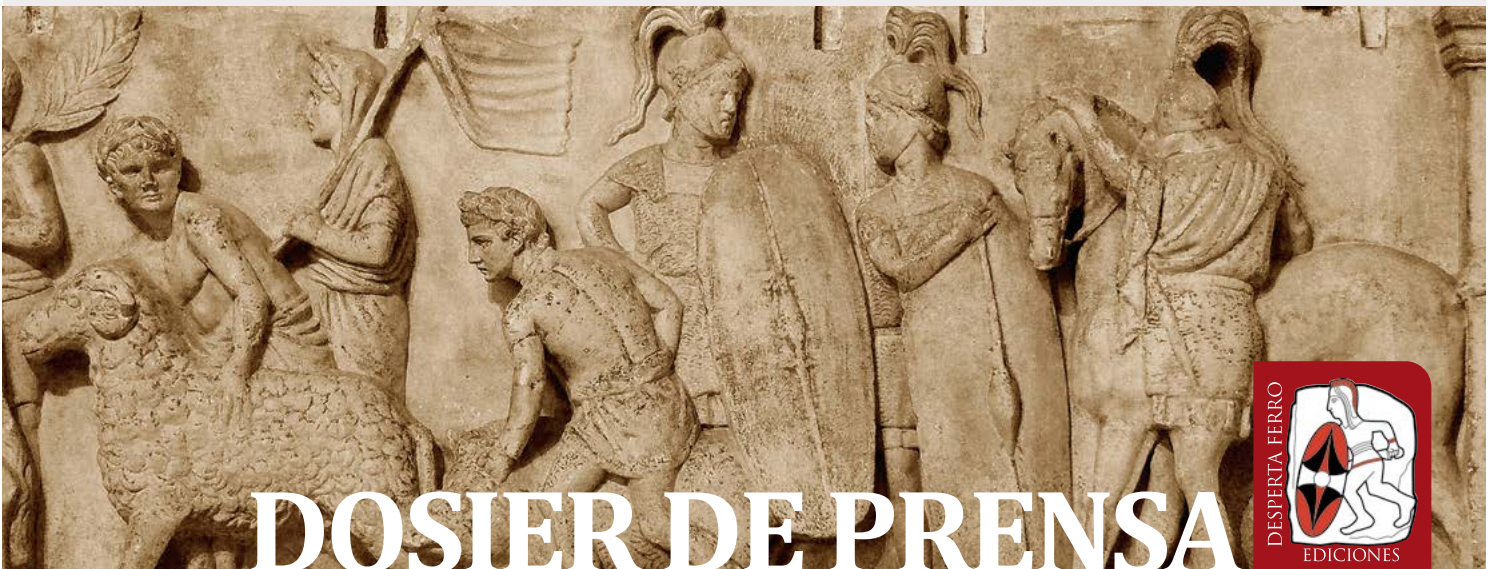
¿Y cómo era este joven que con tanta firmeza se encontraba posicionado en el bando de Mario y Cinna, y que tan solo desde hacía unos meses se había convertido en esposo y cabeza de familia? Alto, rubio y de ojos negros, señala Suetonio; delgado, precisa Plutarco.¹ Mas, para cuando Suetonio y Plutarco escribieron sus biografías seguramente no se conservaba ningún registro literario ni oficial que proporcionara una descripción física exacta de César y definitivamente no quedaba nadie vivo que hubiera podido contemplarle. Sí que existirían bustos y esculturas de nuestro protagonista, por supuesto, pero, aunque las estatuas por lo general se pintaban, no necesariamente permitirían verificar los ojos oscuros y la tez pálida de César. El hecho es que ni Suetonio ni Plutarco proporcionan pistas sobre la fuente o fuentes en las que se basaron. En nuestros días, no todos los retratos que se suelen atribuir a César son inequívocamente aceptados, con la única excepción de los que figuran en las monedas junto al nombre del mandatario. En resumidas cuentas, los historiadores modernos carecemos de datos que nos ayuden a describir al joven César.

Algo más fácil resulta hablar de su carácter, siempre y cuando abordemos con ciertas reservas las anécdotas relatadas sobre el futuro dictador. Al parecer, era singularmente escrupuloso a la hora de afeitarse y depilarse el cuerpo y le gustaba marcar tendencias con su vestimenta en vez de plegarse al dictado de las modas. Vestía túnicas de mangas largas hasta las muñecas y decoradas a franjas, cabe pensar que no muy prácticas, y se sujetaba la prenda con un cinturón muy holgado, contrario a la norma establecida. Cuando Sila tuvo noticia de esto último, se cuenta, advirtió a sus

coetáneos aristócratas que se guardaran de ese muchacho mal ceñido (*ut male praecinctum puerum caverent*).² La descripción bien puede estar aludiendo a la juventud de César; cuando este anhelaba más que ninguna otra cosa destacar entre la multitud. Con el tiempo, sin embargo, sus preocupaciones se focalizarían en su calvicie prematura.

El año en el que César cumplió los dieciocho fue quizá el peor de toda su vida, aunque lo más seguro es que fuera también el que más contribuyó a moldear ciertos rasgos de su carácter que ya antes habían comenzado a despuntar; como su capacidad para plantar cara a sus enemigos o su habilidad a la hora de correr riesgos calculados para lograr sus metas. En el 83 a. C., no obstante, la meta prioritaria de César consistiría en permanecer vivo. Para entonces, Sila había concluido la guerra contra Mitrídates. Sabía que la suya no había sido una victoria definitiva, pero necesitaba regresar a Italia antes de que sus oponentes le tomaran la delantera. Algunos senadores y su propia esposa, Metela, habían huido de Roma y se habían reunido con él para pedirle que acudiera en ayuda de los partidarios que aún tenía en Italia, donde estaban siendo perseguidos e incluso asesinados por Cinna y Carbón.³ Así pues, alcanzó el mejor acuerdo posible para contener a Mitrídates, en unas negociaciones que se prolongaron durante varios meses y, a continuación, reunió a su ejército y desembarcó en Brundisium [actual Bríndisi], comenzada ya la primavera del 83 a. C. En una demostración de prudencia y pragmatismo, los habitantes de la ciudad decidieron no oponerse a su paso, en virtud de lo cual se les recompensó con una exención de tasas aduaneras de la que aún gozaban en tiempos de Apiano.⁴

El llamado altar de Domicio Ahenobarbo, hallado en el Campo de Marte, Roma, y que era uno de los laterales de una base sobre la que se apoyarían las estatuas de Neptuno, Anfítrite, Aquiles y las Nereidas, que a su vez formarían parte de un templo dedicado a los dioses Neptuno y Marte. Este lateral sería una adición de finales del s. II a. C. encargada, posiblemente, por el cónsul Domicio Ahenobarbo, y consiste en cuatro placas de mármol talladas con escenas que reflejan un censo militar.



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 8

CÉSAR, LAS GALIAS Y EL EJÉRCITO ROMANO, 58-50 A. C.

Debemos tener en cuenta que César escribía para impresionar a su audiencia romana, por lo que parece natural que adecuara su trabajo a tal fin. Su obra es interesante, vibrante, y está repleta de descripciones casi pictóricas de personajes y acontecimientos. Fue diseñada para ser leída en voz alta ante una audiencia, por lo que la narración parece una interpretación teatral que evoca a César ante los ojos de los romanos. Y, puesto que el principal objetivo de estos libros era la promoción personal de su autor, hemos de pensar en efecto que los primeros siete se publicaron cuando César permanecía aún en las Galias, deseoso de reforzar su reputación militar y política como parte de sus preparativos para las elecciones consulares a las que pretendía concurrir en cuanto regresara a Roma.

Acaso debido a que sus *Comentarios* relataron las guerras de las Galias con tal cantidad de especificaciones, algunos de los historiadores antiguos prefirieron resumir la contienda en vez de pararse a analizar los diez años de conquistas. Suetonio, por ejemplo, afirma que César eligió las Galias como provincia tras su consulado porque le pareció que aquel territorio era el que con mayor probabilidad le reportaría riquezas y victorias merecedoras de un triunfo. Los problemas ya estaban fermentando en las Galias antes del consulado de César y Cayo Pomptino ya había encabezado una operación militar contra los alóbroges en el 62-61 a. C. En cuanto a las campañas de César, Suetonio las solventa dedicando un breve párrafo a resumir las hazañas más importantes del general, a resultas de las cuales César convirtió toda la región existente entre los Pirineos, los Alpes, las Cevenas, el Ródano y el Rin en una provincia, y nombró aliados a todos aquellos Estados que le habían socorrido en la empresa. Él fue el primero en construir un puente sobre el Rin y en invadir Britania, donde se topó con pueblos de los que nunca antes se había oído hablar. La nueva provincia, en fin, reportó al tesoro cuarenta millones de sestercios anuales. Acto seguido, Suetonio pasa a enumerar tres desastres: la pérdida de la flota frente a las costas britanas, la destrucción de una legión durante el asedio de Gergovia, y la muerte de dos de los oficiales de César en la frontera germana.³ En un pasaje posterior, Suetonio acusa a César de saquear templos y santuarios y de atacar ciudades y aldeas impulsado tan solo por la avidez de botín.⁴ Los daños que este provocó quedaron

compensados en parte debido a sus programas de embellecimiento de ciudades en Galia e Hispania, pero este no es el motivo por el que Suetonio alude a este último dato: el historiador lo menciona junto con algunas otras iniciativas similares en un pasaje en el que explica hasta qué punto César acostumbraba a actuar con autonomía y sin consultar primero sus decisiones al Senado.⁵ De la misma forma, nuestro protagonista hacía gala de su independencia respecto del Senado cuando obsequiaba prisioneros esclavizados a sus amigos o prestaba sus fuerzas auxiliares a algún gobernante aliado sin detenerse a consultar demasiado.⁶ Ahora bien, Suetonio no cometió una negligencia por presentar una sinopsis tan breve de las actuaciones de César: en su época, todavía se conservaban tanto los *Comentarios* como algunas de las cartas que César dirigió al Senado, por lo que su audiencia no necesitaría que le repitieran lo que ya el propio César había relatado por lo menudo.

Plutarco, por su parte, desarrolla su narración de la conquista cesariana de las Galias valiéndose claramente de la obra del propio César como fuente, aunque no vio necesidad de adecuar la descripción de los acontecimientos a un orden cronológico estricto. A lo largo de su biografía, en vez de componer una narrativa lineal de los acontecimientos año a año, entresaca cuantiosos ejemplos sobre el comportamiento de César en el campo de batalla y en la esfera diplomática tomándolos de los recuentos sobre las guerras de las Galias y las guerras civiles. A ojos de Plutarco, la conquista de las Galias supuso para César un auténtico renacer. Sus hazañas en la región no tenían precedentes y, parece evidente que, una vez culminada la campaña, la vida de nuestro protagonista cambió por completo. El adulatorio relato de Plutarco pivota en torno a la afirmación de que César fue el mejor general de la historia de Roma, noción que argumenta mediante toda suerte de superlativos: César operó en los terrenos más accidentados, libró más batallas que nadie contra los enemigos más fieros, infligió el mayor número de bajas a los otros pueblos, tomó nada menos que ochocientas ciudades al asalto, sometió a trescientas tribus y mató a un millón de personas, un tercio de la población total, tomando a otros tantos como prisioneros.⁷ Resulta evidente que la conceptualización de la gloria ha cambiado un poco desde los tiempos de César.

CAPÍTULO 11

LA ESCALADA Y EL ESTALLIDO DE LA GUERRA CIVIL, 50-48 A. C.

En aquellos momentos, César mantenía consigo una sola legión, la XIII. El resto permanecía todavía en la Galia. Dirigiéndose a esa única legión, César exhortó a las tropas, enumerando ante ellas todas las injusticias que hasta entonces se habían cometido contra su persona.⁴⁰ Mencionó que se había vulnerado el derecho de los tribunos a interponer su veto. Apuntó además que, en el pasado, el *senatus consultum ultimum* se había aprobado tan solo en casos de extremo peligro, como durante una grave rebelión popular o durante la ocupación de un templo, pero que nada parecido estaba sucediendo en Roma que justificara semejante medida. Y culminó, según Apiano, revelándoles que tanto él como ellos mismos, sus soldados, habían sido declarados *hostes*, enemigos del Estado, mientras que a Pompeyo y a sus tropas se les consideraba sus protectores.⁴¹

La cuestión de si César desgranó o no de verdad todos estos argumentos en aquellas circunstancias poco importa; la crónica del inicio de la guerra civil no tenía otro objeto que recordar a su audiencia que nuestro protagonista no había sido el primero en agredir a sus adversarios. Ahora bien, fuera lo que fuese lo que César les dijo a sus soldados, sus palabras generaron en ellos un frenesí de justa indignación ante los agravios sufridos por su comandante, y ante la sinrazón de que, pese a haber combatido durante tantos y tantos años por Roma, ahora se les considerara también a ellos enemigos del Estado. Las tropas, en fin, estaban dispuestas a seguir a su comandante allá donde este les guiara.

Plutarco señala que la expulsión de los tribunos Antonio y Casio del Senado le proporcionó a César un pretexto para iniciar la guerra.⁴² De hecho, algunos relatos modernos han distorsionado el orden de los acontecimientos, dando a entender que, cuando Antonio, Casio, Celio y Curión llegaron al cuartel general de César y fueron vistos por sus soldados, cundió entre ellos el entusiasmo por la guerra, en razón de lo cual César decidió invadir Italia. Suetonio, sin embargo, especifica que César ya había cruzado el Rubicón cuando se reunió con los tribunos.⁴³ Ni Apiano ni Dion

Casio, por cierto, mencionan el Rubicón, ni tampoco lo hace César en su relato sobre los primeros compases de la guerra civil; la referencia al Rubicón aparece en Suetonio y Plutarco, y lo cierto es que nadie sabe con certeza de qué río se trataba.⁴⁴ Seguro que César exhibió a Antonio y a los otros, acaso todavía disfrazados de esclavos, ante sus soldados, pero la apariencia de los tribunos y el relato del trato que habían recibido en Roma no fue el catalizador que precipitó la guerra, ya que esta técnicamente estaba en marcha desde el mismo momento en el que César había penetrado en Italia desde la Galia. Según Apiano, César cruzó los Alpes con cinco mil infantes y trescientos jinetes y llegó a Ariminum, la última ciudad de su provincia, contigua ya a Italia.⁴⁵ Dion Casio refiere idéntica información, pero añade que entonces, por primera vez, César salió de su provincia, y que no bien lo hubo hecho le pidió a Curión que relatara ante las tropas lo que había ocurrido en Roma.⁴⁶

Por su parte, tanto Suetonio como Plutarco adecuaban la historia para lograr un mayor dramatismo. Plutarco sostiene que Ariminum se encuentra justo al otro lado de la frontera gala, y a continuación describe el famoso episodio de la noche del 11 de enero en el que César hizo un alto en el camino junto al río Rubicón para reflexionar sobre la trascendencia de la acción que se encontraba a punto de acometer. Mientras permaneciera en aquella orilla, César continuaría siendo un gobernador legalmente designado, facultado, como tal, para comandar tropas. Pero, si cruzaba el río a la cabeza de un ejército y sin permiso del Senado, cometería una traición contra el Estado. Suetonio relata una escena épica, explica que César cobró ánimos gracias a la súbita aparición de un ser maravilloso que tocaba la flauta; el personaje se apoderó entonces de la trompeta de uno de los soldados, la hizo sonar, y cruzó el río hasta la orilla opuesta. Ante aquella visión, César declaró que tanto él como sus seguidores se encontraban a punto de emprender el camino que les había sido señalado por los dioses y por la falsedad de sus enemigos, concluyendo la arenga con la famosísima frase, *alea iacta est*, «se lanzó el dado».⁴⁷

CAPÍTULO 14

DESENLACE, 45-44 A. C.

El título de rey era antitético respecto de los ideales de la República, pero, se le llamase como se le llamase, César ya era un rey *de facto*. Ostentaba el poder supremo y no tenía la más mínima intención de abandonarlo. Era, pues, inevitable que un hombre con tanto poder suscitara recelos sobre sus motivaciones y planes futuros. Al fin y al cabo, no todos los distinguidos honores que se le concedieron fueron bienintencionados. Es probable que la propuesta de muchos de ellos derivara del simple deseo de sus impulsores de hacerse notar por el dictador y conseguir de él prebendas o dinero, pero otros parecen expresamente diseñados para ridiculizarle o para descubrir hasta dónde estaría dispuesto a llegar César aceptándolos. Plutarco sostiene sin tapujos que fueron los enemigos de César quienes propusieron los honores que recibió y que lo hicieron tan solo para tener buenos motivos para atacarle. En la misma línea, Dion Casio afirma que el afán de sus adversarios era conseguir que César fuera envidiado y aborrecido, pues eso antes o después le costaría la vida.³⁸ El dictador, pues, fue elevado por encima de sus pares y, aunque nadie nunca le pudo acusar de modestia o de falta de autoestima, fue solo en estos momentos cuando nuestro protagonista comenzó a tomarse a sí mismo demasiado en serio y perdió el contacto con la realidad. Acaso terminó creyendo que todos aquellos poderes y dignidades no eran otra cosa que lo que en justicia merecía, o quizá llegó a confiar en todos aquellos senadores que le favorecían, imaginando que nunca serían capaces de hacerle ningún daño.³⁹

En definitiva, es posible que la responsabilidad no fuera de César, sino del sistema político que desde finales

del siglo VI a. C. se había desarrollado para garantizar que nadie nunca volviera a ser llamado rey en Roma ni acumulara de nuevo tanto poder en sus manos. A fin de combatir la potencial tiranía de un solo hombre, los romanos habían instituido la colegialidad de los asuntos políticos y la temporalidad de las magistraturas, previniendo así que nadie ostentara demasiado poder ni fuera capaz de retenerlo. Como resultado, la planificación a largo plazo se tornó imposible, pues no era difícil bloquear la legislación y las medidas sociales de cualquier adversario y, además, todo lo que se consiguiera aprobar en un año podía ser abolido al siguiente. Un dictador legalmente instituido podía solventar todos estos problemas, como había hecho Sila según su propio criterio, pero sus logros podían comenzar a erosionarse tan pronto como el dictador se apartara del poder o pereciera, pues toda su legislación resultaría vulnerable al ataque de los demás políticos. Para lograr algún aspecto positivo, Roma necesitaba investir a alguien con unos poderes supremos a largo plazo, pero incluso se discutía sobre qué era lo que podría considerarse positivo para Roma. Es por todo ello por lo que, trabajando ya engarzado en un régimen imperial establecido mucho tiempo atrás, Dion Casio interpone en su discusión sobre las hazañas de César una breve digresión acerca de los beneficios de la monarquía, que califica como la mejor forma de gobierno bajo la que se podía vivir. Si Bruto y Casio hubieran reflexionado sobre ello, continúa Dion Casio, no hubieran asesinado a César; pero lo hicieron, y con su gesto arrastraron al caos a la Urbe en un momento en el que esta ya contaba de nuevo con un gobierno estable.⁴⁰



Denario emitido por L. Pletorio Cestiano en nombre de Marco Junio Bruto (43-42 a. C.). En el anverso, busto barbado de Bruto con la leyenda BRVT IMP L PLAET CEST, y en el reverso alusión al asesinato de César: la leyenda EID MAR («idus de marzo»), dos puñales y entre ellos un *pileus*, el gorro que se entregaba a los esclavos al manumitirles, simbolizando que con el magnicidio se había recuperado la *libertas*.

Ἀνερίφθω
κύβος

«Sea lanzado el dado».



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

